

APORTES PARA LA CONCEPTUALIZACIÓN DE UN NUEVO HABITAR: LOS CONGRESOS DE ARQUITECTURA MODERNA II Y III

*CONTRIBUTIONS TO THE CONCEPTUALIZATION OF NEW DWELLINGS: II AND III
CONFERENCES OF MODERN ARCHITECTURE | APORTES PARA A CONCEPTUALIZAÇÃO
DE UM NOVO HABITAR: OS CONGRESSOS DE ARQUITETURA MODERNA II E III*

JUAN JOSÉ CUERVO CALLE

RESUMEN

En un espacio/tiempo particularmente sensible — de épocas modernas — tanto por los avances técnicos como sociales, la vivienda para la clase trabajadora se convierte por primera vez en los primeros *Congresos de Arquitectura Moderna* en protagonista de la arquitectura, como un elemento asociado a las aspiraciones humanas por encontrar nuevas formas de vida; hecho que, de cierta forma, permite retornar al origen de la discusión y abrir nuevos cuestionamientos con interpretaciones diferentes. Este texto se centra en los documentos de las actas de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna II y III, dirigidos a pensar tanto la vivienda *para el mínimo nivel de vida* humano, así como *los métodos constructivos racionales*, ambos en un intento por resolver el problema de escasez y encausar su ejecución. En este sentido, el propósito de este texto es identificar las reflexiones modernas originarias alrededor de la vivienda, en aporte a la reconstrucción epistemológica y reevaluación del habitar humano.

PALABRAS ILAVE: CIAM. Habitar. Modernidad. Vivienda moderna.

ABSTRACT

In a particularly sensitive modern space/time marked by technical and social advances, housing for the working class becomes, for the first time, the protagonist of architecture as an element associated with human endeavors to find new ways of living. Therefore, the first Conferences of Modern Architecture enabled the return to the origin of the discussion and an opportunity to raise questions with different interpretations. The present article focused on the documents of the proceedings of the II and III International Conferences of Modern Architecture, which considered housing as a minimum standard of living and rational building methods, both with the purpose of solving the problem of scarcity and implementation of housing plans. In this sense, the purpose of

this article was to identify the modern reflections concerning living in order to contribute to the epistemological reconstruction and reevaluation of human dwellings.

KEYWORDS: CIAM. *Inhabit. Modernity. Modern housing.*

RESUMO

Num espaço/tempo particularmente sensível — de épocas modernas — tanto pelos avanços técnicos quanto sociais, a habitação para a classe trabalhadora se transforma pela primeira vez, nos primeiros Congressos de Arquitetura Moderna, em protagonista da arquitetura como elemento associado às aspirações humanas por encontrar novas formas de vida. Fato que, de certa forma, permite voltar às origens da discussão e abrir novas perguntas com interpretações diferentes. Este texto se centra nos documentos das atas dos Congressos de Arquitetura Moderna II y III, dirigidos a pensar tanto a habitação para o mínimo nível de vida quanto os métodos construtivos racionais, ambos com o intuito de resolver o problema de escassez e canalizar a sua execução. Neste sentido, o propósito de este artigo é identificar as reflexões modernas originárias ao redor da habitação em aporte à reconstrução epistemológica e reavaliação do habitar humano.

PALAVRAS-CHAVE: CIAM. *Habitar. Modernidade. Habitação moderna.*

INTRODUCCIÓN

Los Congressos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) II y III fundamentaron el papel de la producción industrial de vivienda con una clara y optimista fe en la máquina; se establecieron con el compromiso por una utópica regeneración social a través de la arquitectura, especialmente con la edificación de una habitación en masa e higiénica, junto al ideario de movilidad, flexibilidad, libertad. Principios que se convierten en temas fundamentales para el *habitar moderno*. La necesidad de pensar la vivienda obrera de forma diferente, no fue un acontecimiento que nació de manera repentina por un colectivo de arquitectos representativos del pensamiento moderno; fue además, el resultado de una sumatoria de hechos, materializaciones, reflexiones y discusiones recogidas a lo largo de décadas: las exposiciones y pabellones de arquitectura, las reflexiones teóricas de un sinnúmero de arquitectos y pensadores, la experimentación con edificaciones urbanas; fueron, por ejemplo, intentos derivados de los profundos cambios industriales y sociales de la época caracterizados principalmente por la producción en serie, el consumo de masas y la economía a gran escala; temas que nutrieron los objetivos de estos congresos.

El uso de las nuevas tecnologías y los nuevos materiales proporcionaban nuevos instrumentos a la arquitectura como disciplina para ayudar a transformar la sociedad. De esta forma los CIAM II y III, exigían espacios de análisis y crítica para reunir todo ese

material y transmitir un mensaje renovador para la producción de una idealizada vivienda moderna, y con ella, una nueva forma de habitar donde la arquitectura debía ser la expresión de esa realidad.

Para dar forma a este asunto, el texto se estructura en tres partes. La primera, sin desconocer las múltiples evidencias que la literatura se ha encargado ampliamente de exponer sobre los CIAM, presenta algunos antecedentes que relacionan la idea entre habitar y modernidad en las primeras décadas del siglo XX: algunos apuntes teóricos de Alexander Klein y Adolf Loos; se presenta la exposición *Die Wohnung* como uno de los hechos fácticos más representativos que materializaron la relación habitar/modernidad y se finaliza con la experiencia de la *casa-común* en Rusia como un intento humano por reconstruir las formas de habitar y como medio para cambiar la vida de las personas sin techo.

La segunda parte se concentra en las concepciones del habitar en los CIAM II y III. Este ítem se aborda en dos tópicos principales. El primero es referido a la familia, especialmente la mujer ama de casa, como el escenario central en el cual se consolidó el habitar moderno. Posteriormente se adentra en la introducción a la sociedad de una vivienda mínima comunitaria en altura y con ésta, el tránsito de una vivienda individual hacia una con sentido colectivo, proceso de cambio que marcó una fuerte ruptura en el habitar humano.

Y la tercera parte incluye un análisis a partir de los antecedentes expuestos en los numerales anteriores donde se propone la necesidad de definir un habitar moderno. Para ello, nos aproximamos a las teorías de George Simmel por considerarlo como uno de los pensadores modernos más influyentes de las prácticas cotidianas del hombre moderno.

Metodológicamente este texto es parte del resultado de la revisión y análisis documental correspondiente a la investigación titulada “*Habitar: cidade e habitação social moderna em Medellín, 1942-1972*”¹. Esta investigación matriz propone un enfoque cualitativo a partir de un proceso documental en la etapa inicial, (donde parte del producto se expone en este trabajo) y posteriormente un proceso inductivo en la etapa final, (no evidente en este texto). El proceso documental tuvo dos objetivos: el primero fue cotejar las teorías de diversos autores en la temática de interés, que para este caso corresponde al estudio del habitar en la vivienda moderna; y el segundo propósito, fue la elaboración de un aporte conceptual que recoge los nuevos hallazgos, así como la información desarrollada con antecedencia a esta investigación.

LA NECESIDAD DE PENSAR EL HABITAR EN TIEMPOS MODERNOS

En esta primera parte, no se pretende indagar por las bien documentadas introducciones que explican las notables biografías de los miembros de los CIAM, ni de los asuntos metodológicos y los objetivos de los *Congresos* — tema que hasta la fecha ha sido suficientemente estudiado y analizado —, sino extraer de algunas de las relatorías, aquellas nociones que permitan la comprensión de un *habitar* específicamente “*moderno*”.

En medio de la abundante acepción que presenta hoy el término habitar, se intenta relacionar su significado más próximo con las diferentes disertaciones que presentaron los arquitectos modernos en los CIAM. Y es Alexander Klein, un importante teórico moderno, quien nos permite hacer esta primera aproximación:

En una observación atenta de las actuales plantas de pequeñas viviendas se pueden distinguir dos grandes corrientes. La primera quiere abandonar a toda costa los principios que han condicionado los *modos de habitar* desarrollados en el transcurso de los siglos, porque entiende que no se corresponden con el hombre moderno y sus necesidades vitales. La segunda, en el extremo contrario, no quiere reconocer que las *relaciones sociales y económicas* se han modificado y obligan a cambios en el *modo de vida*. El primer grupo se esfuerza por encontrar un nuevo modo de habitar, preocupación que incluso se refleja en el *aspecto interior* de la construcción. El segundo mantiene las antiguas plantas y se conforma con reducir las en superficie y modernizar la forma exterior. [...] Parece que todas estas corrientes pueden poner en peligro la normal evolución de las formas de vida. El peligro de la primera postura radica en que da lugar a viviendas demasiado individualizadas y sostiene la idea de que la masa de la población está preocupada por nuevos conceptos y sensaciones. La segunda orienta artísticamente al desarrollo de las plantas, que no deben ser otra cosa que expresiones de las nuevas formas de habitar (Klein, 1980, p.131).

Klein arroja varios elementos que son importantes para la comprensión del propósito de este texto. En primer lugar expone dos corrientes arquitectónicas que se gestan en la década de 1920: por un lado, aquellos arquitectos que defienden radicalmente un nuevo cambio de la vivienda, y por el otro, un segundo grupo que no reconoce las propuestas de renovación. Sin importar la posición imparcial que constituye el autor, en ambos casos, sitúa en igual condición dos términos que son claves: los modos de habitar y los modos de vida. Estas dos acepciones colocan en un mismo lugar algunas de las acciones humanas que se mueven en ámbitos sociales y económicos. Es decir, tanto los modos de habitar como los modos de vida (o en algunos casos formas de vida) son una expresión compuesta que representa algunas de las acciones cotidianas de los seres humanos.

En un sentido más de carácter sociológico, las diferentes ponencias de los CIAM II y III tratan la conexión entre arquitectura y sociedad. Por ello, algunos de sus exponentes adoptan un mismo lenguaje equiparando el habitar como forma o modo de vida de un determinado grupo social que cumple con ciertas características culturales y económicas. En esta interpretación, habitar o modo de vida, es el resultado de una particular forma que tiene el ser humano para realizar sus prácticas cotidianas. Por ello, cuando hablamos de habitar nos referimos a una forma o un modo de vida.

Podemos citar también para esta relación entre habitar-modernidad al arquitecto Adolf Loos. Destacado por su distintiva forma de teorizar la arquitectura, fue uno de los primeros arquitectos modernos en preocuparse por *el problema de la vivienda social* y su relación con el ser humano. En una conferencia titulada “Die Moderne Siedlung” (La solución Moderna) pronunciada en Stuttgart el 12 de noviembre de 1926, preguntaba: *¿qué aspecto debe de tener la casa de un barrio residencial?* Influenciado por las teorías del paisajista Leberecht Migge (Gravagnuolo, 1988, p.169), respondió su mismo cuestionamiento con una alta sensibilidad poética Aymonino (1973, p.27), al plantear una concepción general de la vivienda centrada en tres aspectos muy puntuales: el primero, que respondía particularmente la pregunta, era al respecto de “la autosuficiencia económica para el sustento familiar” (Aymonino, 1973, p.28). Para lograr dicha autosuficiencia, Loos estimaba una relación entre vivienda y urbanismo para la producción de alimentos a pequeña escala, de forma tal que las familias encontraban un consumo autosuficiente. Para él, la razón auténtica de las “*siedlungen*” (unidades habitacionales), era el trabajo en los jardines y huertos anexos, hecho que se reflejaba en la importancia que otorgaba a los cultivos en la mayoría de sus propuestas para la producción de alimentos a pequeña escala.

[...] partimos del huerto, la casa es lo secundario [...]. ‘En sus casas está meticulosamente trazada la distribución del terreno que hay que destinar a los diferentes cultivos...’ Adolf Loos dedica más su atención [...] ‘...a la elección del sitio idóneo para conservar las patatas, colocar el barril del mosto, o instalar el retrete que a los consagrados problemas arquitectónicos’ (Gravagnuolo, 1988, p.169).

El segundo aspecto es la individualidad del elemento singular, es decir, la posibilidad de intimidad y privacidad del individuo, asunto que Le Corbusier profundizará años después. Y tercero, “la relación producción-consumo a nivel de la casa obrera” para beneficio de la economía familiar (Aymonino, 1973, p.28). De ahí su crítica años más tarde por la “Exposición de viviendas Die Wohnung en Weissenhofsiedlung”, al considerar que ésta no era auténtica ya que sus jardines eran banales, sin intencionalidad y obviaban tanto la tecnología como la posibilidad de trabajar la tierra (Loos, 1931, p.209).

En un texto llamado “*wohnen lernen*” (aprender a habitar), escrito en Viena el 15 de mayo de 1921, Loos (1993b, p.171) además de hacer una síntesis de su filosofía, determina una interesante reflexión sobre la necesidad de desaprender las formas de vida urbanas actuales — o lo que es lo mismo — de desaprender el habitar urbano en un momento de quiebre tan particular para la arquitectura moderna como el vivido en las grandes metrópolis en las dos primeras décadas de siglo XX. Con esto, Loos pretendía llevar a las ciudades un estilo de vida “*campesino*” para mejorar la vida cotidiana de los habitantes urbanos, hecho evidenciado en la mayoría de sus propuestas arquitectónicas. La idea de “ver como hace él (el campesino)² las cosas” (Loss, 1993b, p.175), es una invi-

tación a aprender de un habitar particular, para ser aplicado en la vida cotidiana tanto en las viviendas como de la ciudad misma; es, en palabras de Loos, un nuevo movimiento, “el movimiento de la colonización” que requiere de personas nuevas [...] “personas que posean nervios nuevos” (Loss, 1993b, p.172): es aprender de las familias de campo las formas de socialización en la mesa, entender que la mujer tiene derecho a pasar tiempo libre, no en la cocina, sino en el cuarto de estar; de encontrar personas que no se asusten por cocinar (Loss, 1993b, p.173-175). Dice Loos: “¡Esa sí que sería una buena revolución!”³ (Loss, 1993b, p.173).

Lo interesante de comprender la línea de pensamiento de Loos para la proyección de su arquitectura en general — pero principalmente de las propuestas residenciales — es que parte de las *formas de habitar* para llegar a las proposiciones arquitectónicas. Concretamente, para alcanzar materializaciones específicas, incluye siempre *la cuestión de lo cotidiano*, tema marginal en muchos arquitectos de la época pero que Loos supo comprender.

Entre los hechos fácticos que materializan la relación entre habitar y modernidad, nada más propio que las exposiciones de arquitectura⁴ y las instalaciones de los diferentes pabellones de arquitectura moderna. Entre muchos de los eventos realizados, siendo uno de los más importantes en la historia de la arquitectura moderna, surge una experiencia innovadora en la colonia de Weissenhofsiedlung —ciudad de Stuttgart (Alemania)— la exposición de viviendas “*Die Wohnung*” (Exposición del Hábitat) en el año de 1927, organizada por “La Deutscher Werkbund” (DWB). Ludwig Mies van Der Rohe convoca en Stuttgart algunos de los principales arquitectos, que en cierta medida representaban el movimiento moderno, con el objetivo de contribuir a *la cuestión de la vivienda moderna*, realizando hasta un total de 60 viviendas experimentales que debían servir de modelo para las *casas de los trabajadores del futuro*. En esta exposición, a través de la experimentación entre forma, espacio y técnica, se analizaron temas como la racionalización, la tipificación e industrialización, la casa como máquina de habitar, la flexibilidad del nuevo espacio doméstico y la tentativa de múltiples sistemas constructivos: donde se suministraban datos acerca de prefabricación, nuevos materiales, métodos y procesos, así como aplicaciones de elementos industriales, entre otros aspectos; discusiones que comenzaban a marcar aires *del espíritu de los nuevos tiempos*. El objetivo de la Exposición era contribuir *al problema de la vivienda*, y como hecho experimental, sus resultados finales eran independientes al valor de su propósito. Agrega Aymonino “La exposición que se mostró en Stuttgart (1927) (...) Es el principio de la raíz ‘internacional’ de la arquitectura moderna, que se organizará al año siguiente en los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna” (1973, p.68).

La exposición *Die Wohnung* se trata, por lo tanto, de un visible documento cultural materializado a través de la arquitectura que evidencia las biografías de los maestros de la nueva arquitectura, así como la expresión de una línea de pensamiento representada en la

vivienda. Es una apertura revolucionaria que quiere demostrar la tendencia de un nuevo lenguaje en la arquitectura, no sólo en un país, sino en todo el mundo.

Las experiencias en pabellones, exposiciones y congresos de arquitectura, sin lugar a dudas fueron importantes como hecho para la materialización de un nuevo habitar centralizado en el ser humano; sin embargo, otro acontecimiento de igual importancia categórica germina a causa de la situación política de la URSS en la segunda década del siglo XX.

Después de la Revolución de Octubre de 1917, la tentativa de crear un nuevo cuadro de vida conforme el proyecto revolucionario soviético, proclama poner en acción (entre otros aspectos), la correlación entre proyecto arquitectónico y proyecto social; es decir, la arquitectura como una causa social y debate político. Así, la experiencia social y arquitectónica soviética en la década de 1920, busca contribuir a una transformación de los individuos a través de la organización del espacio, todo de acuerdo al pensamiento moderno. En este sentido, el objetivo era “*inventar*” una arquitectura acorde a la futura sociedad anti-burguesa que revolucionara la vida cotidiana de las personas (Kopp, 1990, p.79) al margen de las ideas marxistas.

Bajo un modelo socialista, el aumento de la cohabitación en los alojamientos otorgados por el Estado era constante. Los índices de hacinamiento en las viviendas, el disfrute de los servicios públicos y equipamientos disponibles llegaron los últimos límites tolerables (Aymonino, 1973). Por lo cual el Estado comunista borró las instituciones del Estado burgués y expropió con la ley del 20 de agosto de 1918 las viviendas de capitalistas para promover la instalación a gran escala de obreros en casas periféricas burguesas, poniendo fin a la privatización de la economía urbana estableciendo las premisas para una nueva organización de la vida (Benevolo, 1974). Sin embargo este modelo no fue suficiente. Solo hasta 1921 “se establece la construcción de casas colectivas que comprendían, en un solo edificio, habitaciones individuales, dormitorios, locales de servicio y comida colectiva, un club, etc...” (Aymonino, 1973, p.79). Modelos arquitectónicos ante los cuales los trabajadores respondieron de forma negativa por su interés de vivir en comunidad. La clase obrera exigió no residir en “jaulas individuales”, sino brindar espacialidades donde la familia obrera pueda vivir, mantener relaciones con otras familias, reunirse en salas comunes, discutir, leer... Ante la construcción de una nueva forma de vida, no se podía enclaustrar el obrero en un apartamento. Se plantea entonces un desarrollo de ordenación de las ciudades y se busca una solución planificada acorde a la promoción de las ideas socialistas (Kopp, 1987, p.154).

La familia, tal cual la conocemos, debía ser abolida por otras formas de relacionamiento desapareciendo el odio, el individualismo, los celos, el egocentrismo, el amor exclusivo y la actitud posesiva con relación a los niños, los cuales no debían ser más míos o suyos sino de la sociedad comunista; además se debía proclamar el amor libre y la igualdad entre esposos... (Kopp, 1990). Ese fue el mundo que la revolución socialista soviética se

propuso construir "...evitando el peligro de dejarse dominar por la fantasía, porque una solución adecuada del problema solo puede provenir de un arquitecto que comprenda la vida y las condiciones de las masas" (Benevolo, 1974, p.599).

¿Cómo debía ser la representación arquitectónica propicia para este mundo mágico? La respuesta estaba en la vivienda. Desde allí era posible una transformación completa de la estructura familiar; por ello la sociedad comunista de la URSS exigía un nuevo tipo de habitación, pero en contra del hábitat tradicional y el apartamento convencional. Es así como nace la "Residencia Comunal (Dom Kommun)" (Kopp, 1990, p.92) también llamada "Casa-Comuna" (Aymonino, 1973, p.80) o "Casa Colectiva" (Benevolo, 1974, p.592) con la intención de transformar el modo de vida de los trabajadores. Según las premisas de la revolución soviética, la Casa-Común debería ser un "condensador social", es decir, una estructura capaz de producir sobre los habitantes una nueva forma de vida direccionada a la construcción de un "nuevo hombre" (Kopp, 1990, p.95).

Este fue el escenario ideal para experimentaciones de nuevas espacialidades y para la producción de un nuevo habitar; era el argumento ideal para los individuos y grupos sociales de la clase trabajadora acorde al modelo socialista de la URSS, era una revolución política, único país que sentó las bases que Engels había establecido años atrás como necesarias para resolver lo que él mismo denominó como "problema de la vivienda" (Engels, 1973).

Este tipo de vivienda colectiva debería afrontar varios retos: en términos urbanos, ser un detonante correspondiente a la nueva estructura social que se estaba construyendo; y arquitectónicamente, debía tener la colectivización de todos los servicios domésticos, que de cierta manera permitiera liberar a la mujer de la esclavitud del hogar (Kopp, 1990).

Fuertemente criticado este modelo, Le Corbusier llamaba a este tipo de edificaciones "*comuna ficción*". Según él, las *casas-comunas*, difícilmente realizables, podían influir sobre las formas de vida y los medios de organización urbana ya establecidos por la colectividad burguesa y tornar una sociedad comunista. Decía Le Corbusier:

[...] estas unidades son incómodas y tampoco satisfacen a los promotores porque son caras. [...] Privan al obrero de la superficie habitable, a la cual tiene derecho, para transformarla en corredores y pasajes cubiertos. La 'Comuna Ficción' [...] no permite al obrero más que dormir en su alojamiento. [...] reduce tanto el espacio vital como la comodidad (hay cola en los lavabos, en los retretes, en los vestidores, en las comidas) (Quilici, 1969, p.545).

El intento por la desaparición de la vivienda privada individual a través de la *Casa-Comuna*, tuvo dos injerencias principales en las discusiones de los primeros CIAM. La primera, fue la intensa búsqueda en la estandarización del edificio, la racionalización de la célula habitable y el cálculo óptimo del espacio para las familias de tipo medio en las clases obreras. Y la segunda, fue la organización de una nueva forma de vida a través de

la arquitectura. Es decir, la búsqueda de un nuevo habitar que parte de premisas políticas, sociales y culturales. En este sentido, las experiencias de los desarrollos urbanos que parten de la producción de Casas-Comunas, son de un profundo interés para la conceptualización del habitar, no tanto por la participación comunitaria como forma de vida, sino por el hecho de que las proposiciones arquitectónicas parten precisamente del asunto de habitar.

LAS CONCEPCIONES DEL HABITAR EN LOS CIAM II Y III

Específicamente en los CIAM II y III, Fueron Walter Gropius, Ernest May y Karel Teige quienes directamente en sus ponencias contribuyeron a las definiciones de un nuevo *modo de vida* en el proyecto moderno. Sin embargo, Le Corbusier, fue el único que introdujo en su discurso la noción de habitar como componente para la nueva transformación de la vivienda y la ciudad, dice: “El tema presente (Congreso de Bruselas de 1930)⁵ se limita a habitar [...]” (Le Corbusier, 1973b, p.234) Le Corbusier puntualiza el habitar como un asunto relacionado directamente con un habitáculo para la familia donde los individuos puedan permanecer aislados, (es un tema relacionado con la privacidad e intimidad de la familia), como una cuestión conexas con higiene en la vivienda: ruido, luz y el consumo de aire puro; con el tiempo de conservación de la casa por parte de la mujer para permitirle dejar de lado las fuentes inútiles del cansancio y, finalmente, como una necesidad de organizar los servicios en la vivienda: se trata del mantenimiento de la máquina (casa), del aseo cotidiano, de la descarga de toxinas, de la recuperación de las fuerzas mentales, de la conservación o del aumento de las fuerzas físicas “Si consideramos el tema del habitar [...] llevamos el problema hacia al hombre, es decir, a una cuestión biológica, con su componente de orden sentimental” (Le Corbusier, 1973b, p.235).

Sigfried Giedion en el Congreso de 1929, consciente de la problemática que representa la vivienda en ese momento, afirma que los intereses en Bruselas no solo eran el re-planteamiento de un problema evidenciado años atrás, sino intentar detectar sus causas para poderlo superar. Giedion introduce este congreso con dos preguntas claves que hilan el desarrollo del congreso en Frankfurt: ¿Qué es lo imprescindible necesario para el ser viviente? ¿Qué es lo que puede exigirse como necesidad mínima a una economía de la que se presupone que opera de manera verdaderamente social y planificada? (Giedion, 1973). El surgimiento de estas preguntas nos evidencia no solo los cambios, sino también las necesidades de una sociedad que se mueve a pasos agigantados que afecta de manera considerada a la clase obrera de la ciudad. Para responder estas preguntas, se abordan temas sociológicos, técnicos, constructivos, salubres, económicos y arquitectónicos (forma, espacio, dimensiones...), entre otros aspectos que giran alrededor de la vivienda misma, como el asunto de la familia, tema de fundamental para la conceptualización del habitar moderno.

La familia es uno de los tópicos más importantes al interior de las discusiones de los Congresos CIAM II y III. Fue Walter Gropius quien encabezó principalmente,

desde una perspectiva sociológica, la participación de la familia y la mujer como centro de cambio, ya que una de las mudanzas más significativas en el proyecto moderno se llevó al interior de la estructura familiar (Woude & Garcia, 1999). La familia comienza a tener cambios muy profundos por una razón muy simple: la economía monetaria, situación que según Simmel "...demandó la especialización del hombre, de su trabajo de acuerdo con los criterios funcionales" (Simmel, 1976, p.11), es decir, la posibilidad de realizar un trabajo específico por cada miembro de la familia; y con éste, la oportunidad de introducir un nuevo panorama al interior del hogar. Las dificultades económicas seguidas de la primera guerra mundial, traen una dislocación en variados aspectos, siendo uno de los más importantes, la salida temprana de los hijos, la ausencia prolongada de la figura paterna y la búsqueda de oportunidades laborales para la mujer; aspectos que modifican la estructura y la significación de la familia, desmembrándola y reduciendo su duración como familia nuclear. Síntomas de lo que Simmel, unos años atrás, ya había anunciado como un fenómeno moderno basado en la *individualidad* (Simmel, 1976, p.12). La trascendental importancia que el individuo como tal adquiere y los derechos de independencia lentamente obtenidos, figuraron por encima de la unión y la estructura tradicional de la familia.

Las dificultades que presentan las grandes metrópolis a razón de la elevada población, las condiciones precarias de higiene y edificaciones inseguras a causa de la industrialización "[...] permitieron una disminución de la natalidad y como consecuencia el tamaño de la familia" fijando un promedio familiar de 4 a 5 individuos por familia. La vivienda, ya completamente agravada en número y en calidad, y a pesar de la reducción familiar, era demasiado pequeña y suficientemente cara para alojar a los hijos mayores durante mucho tiempo (Gropius, 1959, p.124).

Así, el entorno doméstico — ámbito de nuestro interés — se reconfigura, y con ello, la llegada de nuevos equipamientos y especialidades comienzan a configurar la vivienda. Esto permite encontrar nuevas formas de concentración del trabajo, de la socialización, del descanso, de la higiene, del consumo y preparación de los alimentos; hecho que no solo fue un beneficio para la mujer, sino que, en cierta medida, para toda la familia. Por medio de una reacomodación de las actividades y las tareas familiares, se delega a *la máquina* parte de las obligaciones hogareñas que anteriormente correspondían concretamente a la mujer; y la *racionalización*, que solo pertenecía a la industria, entra a la organización doméstica aumentando las labores pero disminuyendo los tiempos de producción y la fatiga al simplificar las funciones:

[...] los elementos de la casa, los objetos del equipamiento serán estándares, sobre una serie de modelos variados establecidos a una justa escala humana [...] la industria de objetos domésticos, hasta ahora limitada a los aparatos sanitarios, cocina, calefacción, se ampliará infinitamente más (Le Corbusier, 1973a, p.131).

De este modo, se cambian, invierten y alternan numerosas tareas del hogar, disminuyendo principalmente los trabajos de la mujer, lo que le permite a ella buscar más allá de la familia "...una descarga para su necesidad natural de ocupación: ingresa al mundo de los negocios y la industria. A su vez ésta, rejuvenecida sobre fundamentos básicamente nuevos por la máquina, muestra a la mujer la índole poco práctica de su trabajo doméstico manual" (Gropius, 1959, p.126-127). Asunto que sin lugar a dudas, fue uno de los hechos transformadores más importantes en el habitar doméstico.

En este contexto, *la introducción a la sociedad de una "vivienda mínima" obrera y la adaptación familiar a esta "nueva" espacialidad*, fueron otro hecho de trascendental importancia para los cambios en el habitar moderno. La familia centralizada, las formas de organización de las tareas del hogar y la antigua espacialidad de la residencia, deben ser sustituidas por las nuevas necesidades (individuales) al interior de la vivienda. A su vez, el círculo familiar— ante la propuesta de concentración de servicios comunes al exterior de la misma— debe encajar a la nueva realidad de la ciudad satisfaciendo sus necesidades.

La vivienda comunitaria, es decir, el edificio multifamiliar de varios pisos, se consideró la respuesta más apropiada a las necesidades sociológicas de la población obrera del momento, principalmente a aquella referida a la independización del individuo y por ser el único escenario dispuesto a la transformación del servicio doméstico en un gran beneficio moderno mecanizado. Este *proceso de tránsito* que corresponde al paso de una vivienda unifamiliar, generalmente de carácter rural, a una vivienda multifamiliar urbana, mudó completamente la percepción y significación de la vivienda, las formas de relaciones entre los individuos y la transformación de prácticas y hábitos tanto al interior como al exterior de la residencia. Según Gropius, la experimentación de este tipo de edificaciones debería apuntar para las familias más jóvenes, con una situación económicamente estable y que sientan el deseo de probar esta nueva forma de vida que ayude al desarrollo de la ciudad. Situación que indiscutiblemente mudó las formas de habitar de la población.

Con la introducción de la racionalización y la máquina al interior de la vivienda, llega además una nueva tarea: la de *aprender a habitar*. La maquinización doméstica, además de liberar la fatiga excesiva en el cumplimiento cotidiano de las tareas hogareñas, trajo consigo factores inesperados, "[...] el uso demasiado prolongado de los electrodomésticos, causa a ciertas personas trastornos nerviosos [...]" (Bourgeois, 1973, p.142) y la complejidad del manejo de muchos aparatos atrasaba las labores domésticas; por lo que muchas personas fueron preparadas para el uso de los nuevos electrodomésticos mediante una instrucción y un adiestramiento racional de dichos aparatos; ante lo cual, no solo en Europa, sino posteriormente en muchos países latinoamericanos, surgieron las llamadas *escuelas domésticas*. Victor Bourgeois, evocando la intervención de Ernest May en el primer Congreso en la Sarraz (1928) apuntaba:

Con la enseñanza en la escuela, decía, se podría establecer un conjunto de verdades elementales que constituirían el fundamento de una educación doméstica. Por ejemplo, economía general de la vivienda, bases del aseo y su significación moral, los efectos de la luz solar, los efectos perjudiciales de la penumbra y de la oscuridad, los principios de la higiene, la racionalización del mantenimiento doméstico, el uso del mobiliario, el empleo de los medios mecánicos en la vida doméstica, etc. Tales enseñanzas tendrían por objetivo formar generaciones con una concepción sana y racional de la vivienda (Bourgeois, 1973, p.142).

Era necesario aprender — a razón del cambio de espacio, prácticas, hábitos, rutinas, tiempos y la introducción de nuevos equipamientos — la administración general de la vivienda cuyos cambios traían beneficios económicos a cada uno de los trabajadores. La higienización de la vivienda no corresponde solo a las ventanas (aire, luz, saneamiento), sino al correcto '*mantenimiento de la máquina*'.

Además de la familia, otro tópico de fundamental atención para pensar el habitar en los Congresos CIAM II y III, fue la *vivienda misma*. La vivienda en sus múltiples acepciones, fue la discusión central de los Congresos de Frankfurt (1929) y Bruselas (1930). Definir un objetivo propio de los eventos resultaría complejo, sin embargo, los podríamos sintetizar en la definición de un (o varios) método(s) [científico-proyectual(les)] cuyos resultados fuesen modelos residenciales que se pudiesen construir en serie dirigidos a un público objetivo: la clase trabajadora; que en otras palabras quiere decir, aquellos que por dificultades económicas no podían acceder a una vivienda privilegiadamente localizada e higiénica.

La discusión de la vivienda giró particularmente alrededor de la vivienda multifamiliar. Walter Gropius sintetiza de manera contundente las ventajas de la vivienda multifamiliar. Se destaca el beneficio de factores bioclimáticos como viento, luz y ruido; además de la garantía que asegura la liberación de terreno para el montaje de superficies ajardinadas y la construcción de instalaciones centralizadas como lavanderías, guarderías, locales comunes, equipamientos que aligeran los gastos de la economía familiar al ser compartidos con otras viviendas, facilitando además la vida familiar al disminuir parte de los trabajos domésticos. Ventajas que según Gropius, son decisivas para la salud de la ciudad.

Este decisivo hecho de vida en comunidad para la clase obrera, además de la necesidad de *aprender a habitar* por las nuevas condiciones sociológicas y normativas que trae en sí el hecho, nos pone de cara a un acontecimiento que enfrenta *un nuevo habitar* sin precedentes: contrapone el tránsito de una casa unifamiliar (o individual) hacia otra con sentido colectivo.

Este proceso de cambio, que afecta finalmente el habitar, es la definición y la delimitación de los umbrales entre lo individual y lo público, entre lo que antes era para

una sola familia pero que ahora pertenece a diversas. La idea de compartir el terreno, las áreas comunes, los accesos y circulaciones, los zaguanes, las escaleras, los vestíbulos, las vías, las redes de servicio, la estructura, pasa a ser asunto complejo por ser de muchos y no de uno solo. Este hecho torna complejo el habitar, el cual, más que afectar sobre la célula habitacional, influye sobre el espacio colectivo; y por lo tanto la significación del nuevo espacio que sin cambiar su función de morada, ahora aloja a numerosas familias obreras.

En términos espaciales, fue propuesto como vivienda mínima en el Congreso de Frankfurt una casa promedio de 45m² para albergar una familia nuclear joven y de máximo de 6 integrantes: padre, madre y cuatro hijos. Es decir, *tres cuartos* pequeños, uno para los padres y otros dos para repartir los hijos. Estos cuartos (o células pequeñas) junto con una *cocina* y un *baño* sirven de uso complementario a una *sala* grande para permanecer en el día.

Este tipo de viviendas debían ser suficientes tanto en número como en calidad. Sus resultados, igualmente, deberían ser adecuados a las condiciones económicas como para satisfacer las necesidades de las masas que buscan vivienda con pocos recursos. La novedad de una vivienda de este tipo trae al interior del hogar unas modificaciones radicales de hábitos y prácticas domésticas que absolutamente transforman el habitar de la familia. Muchos de los futuros habitantes de este tipo de propuestas, van a hallarse frente a otro hecho: deben aprender a compartir y soportar, tanto al interior de la casa como por fuera de ella. A una mayor densificación, surge el incremento de ruidos, olores y miradas extrañas que antes permanecían en la intimidad, pero que ahora quedan en el ámbito público. Ahora cada uno de los individuos debe aprender a resguardar la intimidad personal y familiar para evitar conflictos y reproches con los vecinos.

La racionalidad de la vivienda, su organización espacial, la simplicidad geométrica y funcionalidad arquitectónica giran ahora en torno al ser humano. El corazón de la casa, “la gran sala”, se consagra al entretenimiento integrando las demás actividades de la casa destinadas al descanso, la higiene, el consumo, la preparación de alimentos y el almacenamiento. La casa comienza a recibir toda clase de equipamientos puestos al servicio de la vida cotidiana que reforzarán el sentido de la máquina, atributo no solo asociado a la formalización arquitectónica, sino a la eficiencia y el sentido pragmático en el hogar. “La vida doméstica consiste en una serie regular de funciones precisas”, dice Le Corbusier (Le Corbusier, 1973b, p.127). De forma tal que el asunto arquitectónico ya no es solo un problema de espacio, forma y función sino de equipamientos que mudan las formas de habitar.

La máquina se convierte en el paradigma del desarrollo moderno, donde cada componente urbano y de la vivienda, pueda ser sustituido en caso de falla, como si se tratara de cualquier objeto industrial, y así el proceso de industrialización continuará infinitamente de la misma manera. “Las principales categorías en las cuales descansa

este modelo desarrollista: cantidad, repetitividad, producción en serie, tipificación, sirvieron de base a los planeamientos teóricos de inicios del Movimiento Moderno, que pretendió encontrar las vías de solución a la vivienda social masiva, [...] la respuesta en la posible industrialización de su construcción, con sus correspondientes consecuencias de estandarización, y por tanto, normalización” (González, 2007, p.55). Cada una de las casas, con un mismo esquema funcional y técnico, debería ser implementada en cualquier contexto para ser ocupada, igualmente por cualquier familia. Las premisas de los CIAM II y III, ciertamente involucraban el ser humano y sus necesidades con relación al espacio dentro de sus teorías, pero su interés particular se concentraba en los procesos mecanicistas que proponía para lograr la arquitectura, especialmente la de la vivienda social en masa, motivo de fuertes críticas posteriores y detracciones hacia sus ponentes. En esta dirección es fundamentalmente reconocida por la famosa frase de Le Corbusier: *“la casa es una máquina para habitar”*; expresión que identifica la concepción mecanicista de este momento.

En esta organización industrial y humana, se resuelven estructuras urbanas homogéneas y unidades habitacionales “básicas” (con conceptos como módulo o caja) que pretendían resolver, entre otras situaciones, el asunto del habitar; creando en las nuevas propuestas de vivienda, nuevas costumbres, prácticas y hábitos de vida (Uzcátegui, 2010). Posterior a los CIAM Le Corbusier expresó que la vivienda, es, o mejor dicho, debería ser, una máquina para habitar. La posterior incompreensión de Le Corbusier fue muy evidente. Él más que nadie, era un artista y no pretendía con esta expresión reducir la vivienda a una ciencia empírica de la arquitectura y la ingeniería. Con esta frase lo que intentaba era convencer a un colectivo de las ventajas de una vivienda moderna, donde se pudiera llevar a cabo satisfactoriamente aquello que él consideraba las “funciones del habitar”. Para Le Corbusier la casa realmente no era una máquina como tal, sino un objeto más del entorno humano, donde cada uno de los individuos, podría adaptarla según sus necesidades. La palabra máquina representaba según Le Corbusier la contextualización de la vivienda en una época técnica, por lo cual ésta debería de reunir las características de una máquina “...la casa será un objeto que como el automóvil, se convierte en un instrumento. La casa ya no será la entidad arcaica, pesada, en cuya advocación se han fundamentado por largo tiempo el culto de la familia” (Pont, 1998, p.86). Le Corbusier nunca pretendió indicar que la casa, como una máquina al servicio de la vida del hombre, estuviera alejada de la condición humana. La casa para él, era ante todo, un asunto eminentemente humano que debía permitir las expresiones, configuraciones y prácticas humanas. Su común interpretación cuestiona su validez como un elemento predominantemente positivo.

Le Corbusier con su idea de vivienda, pretendía exponer un experimento respecto a las formas de vida modernas.

“La casa es una máquina para habitar: baños, sol, agua caliente, agua fría, temperatura a placer, conservación de los manjares, higiene, belleza en las proporciones”. Es decir, la casa para mejorar la vida del hombre y no el hombre al servicio de la casa como muchas veces han sido interpretadas sus teorías. “Si la expresión ha hecho furor, es porque contiene el término máquina, representado, evidentemente, en todos los espíritus, la noción de funcionamiento, de rendimiento, de trabajo, de producción. Y la palabra habitar representando, precisamente, unas nociones de ética, de standing, de organización de la existencia, sobre las cuales reina el más total desacuerdo” (Le Corbusier, 1999, p.108).

La máquina en su significado literal contradice el sentido profundo y poético del habitar; la representación de un nuevo habitar comprendido como una imposición, infiriendo una mecánica en la vida del hombre, pareciera ser el motivo del malestar.

UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL HABITAR MODERNO

Como se pudo ver en el ítem anterior, el tema del habitar, especialmente con relación a la vivienda, comienza a tomar una importancia relevante. En esta fecha, ya entrando la década de 1930, las reflexiones de los primeros CIAM permiten a los principales arquitectos extraer consideraciones sobre maneras de cómo concebir la nueva vivienda, siendo útiles para la formación y la consolidación de unos intereses propios del momento, como lo era la idea de un “nuevo habitar”. La asimilación de las discusiones sobre la vivienda y específicamente sobre la necesidad de ofrecer una nueva forma de vida por parte de los arquitectos, amplió la relación entre la arquitectura y el ser humano, es decir, nuevas miradas para encontrar formas de humanización de la arquitectura. Este asunto ubica el movimiento moderno de la arquitectura como renovador de la sociedad.

La introducción de las ideas referidas a un nuevo habitar expuestas en los primeros CIAM tuvieron un proceso paulatino en la arquitectura: unas nociones replanteadas, otras cuestionadas y cantidad aceptadas; desde allí la arquitectura presente se ha referenciado, ha tomado sugerencias y ha servido para un andamiaje interpretativo aplicado a las propias ideas de la arquitectura contemporánea. Desde esta experiencia, como vimos, se evidenció la dimensión sociológica de la vivienda, se analizó la relación entre los problemas sociales y las condiciones de la vivienda así como la familia; se intentaron determinar las nuevas funciones de la casa superando la mera consideración del nivel fisiológico (Pont, 1998).

Para comprender este escenario en el que se situaban los arquitectos modernos, sus cuestionamientos, la dinámica de la modernidad: racionalidad, funcionalidad, formalización y estandarización en una era denominada como maquinista; pero principalmente, para entender el objetivo de este numeral referido a vislumbrar la comprensión de un “habitar moderno”, debemos volver dos décadas atrás y situarnos frente a las teorías de George Simmel.

Fue con el nacimiento de la metrópoli que el debate sobre la ciudad y las formas de habitar moderno adquirieron una nueva importancia; momento en el cual aparece un nuevo individuo: el hombre burgués y con él, nuevas formas de ser y hacer en la vida cotidiana. La gran metrópoli es el escenario principal de la vida moderna donde surgen nuevas actividades que proponen igualmente nuevas prácticas, significaciones y materializaciones tanto desde lo urbano como desde lo doméstico. Esa modernidad de comienzos del siglo XX, es decir, dos décadas atrás de los primeros CIAM, fue un fuerte rompimiento donde el hombre se torna autónomo, independiente de los antiguos círculos sociales a los cuales estaba anteriormente amalgamado (Waizbort, 2002). La modernidad, dice Harvey, no tuvo respeto alguno por su propio pasado “[...] por lo tanto, la modernidad no solo supone una violenta ruptura con alguna o con todas las condiciones históricas precedentes, sino que se caracteriza por un proceso interminable de rupturas y fragmentaciones internas” (Harvey, 1998, p.27).

Precisamente fue este el contexto que los arquitectos modernos querían discutir en los primeros CIAM. La idea de un nuevo habitar traía consigo nuevas espacialidades, formas y materiales como propuesta en contra de la rutina, los hábitos ancestrales y el “buen” gusto burgués. La propuesta de George Simmel envolvía una preocupación semejante, no con relación a la arquitectura, pero sí con un interés por los temas que en su momento movían la vida social de Europa. En este marco el sujeto (como persona) fue una dimensión esencial que Simmel expuso desde las relaciones: sus nuevos comportamientos y nuevas maneras de actuar que se iban transformando de acuerdo con las exigencias de la vida moderna; un individuo no aislado involucrado en una sociedad en particular.

Para estudiar la vida cotidiana del hombre moderno, Simmel utiliza el dinero como uno de los elementos simbólicos que le permiten mediar entre el ser y sus prácticas. Es decir, caracteriza las reflexiones modernas alrededor de la vida cotidiana haciendo una relación entre dinero y vida; siendo el dinero un símbolo que como el hombre, adquiere las formas más variadas, pero que continúa siendo siempre lo que era desde el inicio; así como la vida. “Ambos son todavía expresión de algo que, presente en los dos, alcanzará el moderno en su esencia: las ideas de movimiento, movilidad” (Waizbort, 2002, p.146). Por lo tanto, el dinero se convierte en un mecanismo (económico) que permite estudiar el hombre moderno, sus ligaciones entre un conjunto de personas, componentes de socialización y formas de relacionamiento. El dinero se convierte en un mecanismo de comparación para entender la modernidad, ya que éste, así como el hombre, son para Simmel por un lado fijeza, estabilidad, invariancia y por el otro movimiento, movilidad y variación; atributos dualistas en una modernidad capitalista. Aunque Simmel se aproxima a este tema desde las dimensiones más variadas de la vida cotidiana, solo serán abordadas algunas categorías relativas a las prácticas modernas que aporten a la noción de habitar.

La vida moderna desde la perspectiva de Simmel, está definida por una *tensión dualista constante*, es así, por ejemplo, los procesos en la nueva ciudad industrial que

determinan en los individuos un modo de pensamiento y una visión más abstracta: “[...] en ningún lugar se llega a sentir tanto la soledad y la desubicación como entre la multitud metropolitana. Ya que aquí como en otras situaciones no resulta necesario que la libertad del hombre se vea reflejada en su vida emocional o en su confort” (Simmel, 1988, p.7). Encontramos aquí un primer elemento del habitar moderno: un individuo que necesita más espacio interior para su propia *individualidad*, en cuanto menos espacio exterior para su vida social recogiendo cada vez más en su interioridad. Según Simmel la casa, fundamentalmente el espacio interior (burgués), es la materialidad de ese fenómeno, “[...] Cuanto más el hombre moderno es nivelado en el mundo exterior, más él se recoge en su interioridad” (Jameson: 2006, p.240); es decir, en sí mismo, en su propia casa.

En estas aparentes contradicciones de la vida moderna los individuos encuentran su naturaleza como ser y la posibilidad de expresarse libre interior y exteriormente. De manera interior, como individuo que siente, vive, desea, refleja, con la posibilidad de mostrarse exteriormente a través de sus palabras, su modo de vestir, su espacio. En este sentido, el habitar encuentra uno de sus más importantes elementos de relación con la modernidad: *la libertad*. “Libertad significa movilidad, en contraposición a la situación premoderna, en la cual la ‘personalidad’ se encuentra fuertemente cercana a la comunidad, al círculo social” (Waizbort, 2002, p.148).

Con todo, si la libertad significa movilidad, aparece una nueva característica fundamental en los cambios habituales del ser humano moderno: *el distanciamiento*. “La idea de Simmel, es que, con el distanciamiento, el individuo se recoge para su interioridad y pasa a desarrollarla; todas las energías que anteriormente eran dirigidas para el mundo exterior se concentran ahora en el mundo interior” (Waizbort, 2002, p.189) que en términos de socialización, corresponde también un asunto de *aproximación*. Distanciamiento y aproximación son formas de expresión del hombre moderno que aproxima o aleja los objetos, los espacios entre sí y los mismos seres humanos. El distanciamiento es un asunto estimulante para el hombre moderno, pues aquello que es distante, no tiene relación con su intimidad e intereses personales. Es así que el hombre moderno prefiere lo distante a lo próximo. “[...] A causa de esto es que el posee ‘nervios débiles’, y cada vez más sensible a los choques, confusiones y desordenes que nos producen por la proximidad y el *contacto más inmediato con los hombres y las cosas*” (Waizbort, 2002, p.195). La repulsa a lo próximo sería entonces una de las características del habitar moderno. La idea de hombre como individuo toma fuerza, pues *lo individual* es la opción de su nuevo habitar.

Prueba de lo anterior es la llegada de algunos objetos que revolucionaron el entorno doméstico a mediados de 1920, hecho que Gropius (como vimos en el numeral anterior) evidenció en el CIAM III de 1930. La radio por ejemplo, volvió más próximo lo que estaba distante, al mismo tiempo que hizo distante lo próximo, pues el sujeto se encontró ante un nuevo hábito que estimuló su intimidad y lo desvinculó de su entorno inmediato; y esto fue una revolución en la vida cotidiana. Es así que, los acontecimientos a través de los objetos

domésticos que llevan a la disminución de distancias espacio-temporales, producen de manera paralela un aumento de las distancias (interiores y exteriores), que en nuestro caso equivaldrían a las dinámicas en el interior del hogar. El asunto de la radio fue que “[...] creó oyentes potencialmente permanentes — públicos cuyos horarios de vigencia y de escucha podían ser virtualmente el mismo”, hecho que fue muy importante ya que solo con este fue posible “[...] la desconexión entre el ojo y el oído” garantizando muchas actividades al mismo tiempo” (Anderson 1999, p.104). Pero que junto con otros objetos domésticos, mudaron las formas domésticas en las relaciones humanas pues promovieron una aceleración del ritmo alterando los hábitos; cambio que trajo una forma diferentes de domesticación del tiempo y del espacio.

Muchos de estos objetos hacían que el nuevo consumidor se sintiera extraño frente a las mercancías que no eran adaptables a él y eran los individuos quienes tenían que adaptarse a los objetos (domésticos) y sobre los cuales no tenían ningún poder de transformar. Anteriormente, dice Simmel, “[...] el consumidor poseía una relación personal con el objeto [...]” (Waizbort, 2002, p.185) y el sujeto, antes de ser objetivado en la modernidad, era más importante que el mismo objeto. El objeto era en función de sujeto, y no al contrario, el producto era hecho para ser individualizado. Forma de producción que a comienzos del siglo XX sufre transformaciones mucho más rápidas y “...separa la personalidad creadora de la obra creada y vuelve a esta última dotadas de una autonomía objetiva” (Waizbort, 2002, p.185). De allí el afán de Victor Bourgeois en el CIAM de 1929 por incentivar las escuelas domésticas.

Simmel nos trae otro elemento fundamental de las prácticas que consolidan el habitar del hombre moderno: en función de los asuntos del dinero (como símbolo de comparación), los individuos no pueden quedar quietos, “[...] pues nunca está satisfecho y saciado [...] deambula entre los más variados escenarios (las tiendas, la moda, los puntos turísticos, la ciudad, las mercancías, los sentimientos [...]” no queda quieto ni interior ni exteriormente; experiencia que Simmel atribuye a la *velocidad*. Y como el dinero, siempre en movimiento y efímero, no encuentra satisfacciones durables para hacerlo parar. Simmel dice: “[...] el espíritu moderno, carente de opciones’, está condenado a un movimiento sin fin” (Waizbort, 2002, p.196). La vida urbana de las metrópolis, la ciudad veloz, es reflejo de la movilidad interior del ser humano. La velocidad sería entonces otra característica fundamental del habitar moderno que se relaciona íntimamente con el movimiento. Así, el habitar moderno a partir de la velocidad, es la creación de una nueva experiencia que cambia la propia naturaleza humana, hasta entonces más lenta. Prácticas que, según Secchi, van dispersando los individuos urbanos. La metrópolis moderna, conformada poco a poco por grandes agregaciones homogéneas derivadas de esta vida cotidiana, se disemina en lo innumerable, en una dispersión de grupos sociales donde la ciudad se presenta como una nueva forma de habitar y como forma de producción del espacio (Secchi, 2009). La dispersión, por lo tanto, hace también parte del habitar moderno.

El habitar moderno es por lo tanto, un elemento conexo a la velocidad, al movimiento, a la aproximación y el distanciamiento, a la individualidad y la exterioridad, a la velocidad. Es un habitar concretizado en los modos (o formas) de vida más variables: puede ser uniforme y variado, tener cambios o ser estable, simple o complejo; pero siempre dual, de contrastes. Nociones que en síntesis pueden ser determinadas por un factor común a partir de las relaciones. El habitar moderno está encausado por la reciprocidad de las relaciones, porque como Simmel dice “[...] todo está en relación con todo [...] un tejido que se teje continuamente e ininterrumpidamente” (Waizbort, 2002, p.183), el individuo sería el punto central de dichas relaciones y la casa el espacio para consolidarlas.

CONCLUSIÓN DE LOS ANTECEDENTES AL CIAM II Y III

Tanto las concepciones teóricas de diferentes arquitectos, las diversas exposiciones internacionales, como las materializaciones de habitación moderna entre 1910 y 1928, fueron fundamentales para las discusiones en torno a las condiciones para el mínimo nivel de vida tanto a nivel de ciudad como en la vivienda obrera. La inmensa preocupación por pensar un nuevo modelo de vida, llevó a los principales protagonistas de la arquitectura no solo a pensar una ciudad y una vivienda dotadas de establecimientos e instalaciones de buen funcionamiento como provechosos técnica y económicamente, sino una serie de elementos que tenían como centro *un ser humano* con necesidades y expectativas específicas que adquirieron valores superiores a los exclusivamente materiales y utilitarios.

Particularmente la producción de una “*nueva vivienda*” trajo consigo la creación de *un nuevo habitar* deseoso de cambiar las desusadas convenciones, hábitos y prácticas rutinarias en los modos pasados de comprensión de la vivienda. Los intentos por una nueva organización y sistematización de la habitación, recubierta en nuevos envoltorios con el objetivo de contribuir a los términos expresivos de un *nuevo lenguaje*, fueron una base fundamental de los CIAM II y III, abriendo un nuevo panorama no solo para la intervención pública, sino para la *cuestión residencial*, sus problemas, y sus contiendas sociales y culturales.

Para comprender con una mayor profundidad el escenario general de los primeros CIAM, es necesario conocer sus antecedentes, especialmente con lo ocurrido durante la segunda década del siglo XX, momento álgido de discusiones y materializaciones en torno a la vivienda mínima para las clases trabajadoras. En el nuestro fue necesario estudiar este primer momento bajo *tres dimensiones*: las reflexiones teóricas de la arquitectura y la sociología, las exposiciones e instalación de pabellones como contexto experimental de la vivienda y las obras arquitectónicas de habitación de baja renta. Para el primer caso, el teórico, resulta muy conveniente estudiar las reflexiones de Adolf Loos, ya que fue él particularmente quien abrió el debate del habitar humano en relación con la arquitectura al considerar las formas de vida y la cotidianidad en la vivienda por parte de los individuos para llegar a la arquitectura.

Las exposiciones de arquitectura se convierten igualmente en un escenario de experimentación formal que permitió —sin temor a los errores y las críticas precisamente por tratarse de exposiciones— una inmensa producción de alternativas habitacionales a través del florecimiento creativo con el deseo por definir espacialmente una nueva forma de vida, o que es lo mismo, un nuevo habitar.

Con relación a la producción de vivienda, es fundamental entender la correspondencia entre habitación y ciudad, pues queda claro en los Congresos que el problema de la vivienda no es solo un asunto de construcción de las mismas, sino principalmente un problema de distribución en la ciudad. Relacionar la industria y vivienda fue una correspondencia que también jugó un papel fundamental para el desarrollo urbano. Las propuestas para el desarrollo de nuevos barrios residenciales a favor de la industria, se plantearon como alternativa a la compacta densidad en las metrópolis y como una nueva posibilidad urbana de mejoramiento en la calidad de vida de la clase obrera. Las propuestas urbanas alrededor de este tema fueron contundentes cambios no solo para las formas de vida en la célula habitacional, sino para la comprensión de la ciudad.

A diferencia de las exposiciones y pabellones, la producción concreta de vivienda unifamiliar y multifamiliar se centró no en asuntos de representación formal, sino principalmente en la utilidad densificatoria. La respuesta de la vivienda multifamiliar o colectiva como único medio para solucionar el problema de la vivienda, sirvió como un escenario de experimentación para el planteamiento de nuevas formas de vida y experimentación para una nueva espacialidad ligada al comportamiento humano y las necesidades del hombre moderno. Particularmente la experimentación alrededor de la llamada casa — comuna en la Unión Soviética comunista, fue el escenario ideal para explorar el comportamiento humano y dar respuestas arquitectónicas concretas.

De la mano de las exposiciones y de la nueva producción de vivienda tanto unifamiliar como colectiva, aparece un nuevo modo de expresión y lenguaje como respuesta al nuevo pensamiento moderno. Este joven lenguaje debía ser capaz de unificar no solo una línea de pensamiento entre los arquitectos denominados modernos alrededor de la vivienda, sino una expresión capaz de relacionar la ciudad tanto en los centros como en las periferias. El nuevo lenguaje se convirtió en el instrumento más fuerte para afirmar el pensamiento moderno al ciudadano común y un arma ante las resistencias de arquitectos que se negaban a reconocer este proceso de cambio arquitectónico.

DE LAS CONCEPCIONES DEL HABITAR EN LOS CIAM II Y III

Para hablar de habitar en los CIAM es necesario encontrar elementos de relación, puesto que, la amplitud de acepciones alrededor de la noción habitar, permiten encontrar un común denominador entre el lenguaje utilizado en los Congresos y las construcciones epistemológicas actuales alrededor del habitar. La palabra habitar no es muy usada en las diversas exposiciones de los diferentes arquitectos, solo Le Corbusier utiliza directa-

mente el término en el Congreso de Bruselas, mientras que algunos de los otros exponentes hablan alrededor de la idea de formas o modos de vida. Estas dos acepciones, habitar o modo de vida, colocan en un mismo lugar algunas de las prácticas humanas que se mueven en diferentes ámbitos sociales y económicos. Por lo tanto, el habitar o los modos de vida (o en algunos casos formas de vida) son una expresión compuesta que representa un lenguaje común que puede ser compartido.

La familia fue uno de los principales elementos de debate en los primeros congresos que se vieron afectados no solo por los cambios socioculturales y económicos, sino por las mismas respuestas formales de la arquitectura, específicamente de la vivienda. El ama de casa, mujer subyugada a las labores domésticas, fue el miembro de la familia más afectado y por lo tanto uno de los temas más debatidos alrededor del Congreso de Frankfurt. La nueva idea de una mujer moderna, se aparta de su “natural” concepción de cautiva doméstica y abre caminos revolucionarios al interior del hogar afectando la percepción y significación de la vivienda, las formas de relaciones entre los individuos y la transformación de prácticas y hábitos tanto al interior como al exterior de la residencia. Este proceso de cambio trajo consigo la necesidad de aprender a habitar, es decir, la preparación para el uso de los nuevos equipamientos mediante una instrucción y un adiestramiento racional de dichos aparatos; así como las formas de afrontar los nuevos roles familiares.

Las discusiones de la vivienda mínima evidencian principalmente un proceso de tránsito que contrapone el paso de una casa unifamiliar (o individual) hacia otra en un edificio colectivo. Este proceso de tránsito nos pone de cara ante un acontecimiento que enfrenta un nuevo habitar a la clase obrera ya que es la definición y la delimitación de los umbrales entre lo individual y lo público, entre lo que antes era para una sola familia pero que con el nuevo modelo colectivo pertenece a varias. Esta situación además de afectar el espacio colectivo, también afecta el ámbito privado, y como consecuencia la significación de la vivienda.

Alrededor de los cambios fundamentales en la vivienda comunitaria se discute principalmente el mínimo nivel de vida que debe tener una familia de clase obrera. A partir del acomodamiento de una familia de 6 miembros en una vivienda promedio de 45m², se desata al interior del hogar una serie de modificaciones en las prácticas familiares y sus hábitos domésticos que transformaron el habitar en la familia. En términos de vecindad deben aprender a compartir y soportar el surgimiento de nuevos acontecimientos que antes pertenecían al ámbito privado, pero que se hicieron públicos.

Ante la acogida de innumerables equipamientos al interior de la vivienda, la vida cotidiana se maquiniza comenzando un giro imparable en la eficiencia y el sentido pragmático de la vida cotidiana en el hogar. Por lo que el asunto arquitectónico ya no es solo un problema de espacio, forma y función, sino de artefactos y mobiliarios que mudan las formas de habitar.

Derivado de la estrechez espacial, el individuo despierta la necesidad de trasladar las actividades cotidianamente domésticas a la ciudad, asunto que los modernos consideraron para la proyección de la ciudad. Este sería el inicio de una tensión entre la ciudad y la vivienda para encontrar respuestas satisfactorias a las nuevas necesidades del habitar humano. La solución a esta nueva práctica al interior del edificio fue la centralización de servicios domésticos organizados por medio de instalaciones comunes.

SOBRE EL HABITAR MODERNO COMO CONCEPTO

Definir habitar moderno bajo la singularidad propiamente dicha sería un hecho contradictorio. Habitar y moderno parecieran hablar de temas diferentes; el habitar por un lado, puede ser entendido como un asunto correspondiente a las prácticas humanas dirigido a la reflexión del ser y su introducción a la vida cotidiana; en palabras de Le Corbusier, un tema de ética y existencia del hombre. Y por el otro, lo moderno, a la racionalización, la mecanización, la tipificación y la industrialización. Lo que pareciera generar una tensión dialéctica muy opuesta. Sin embargo, la composición general de estos dos términos, “habitar-moderno”, nos trae particularmente la concepción de unas prácticas concretizadas en la libertad, la velocidad, el distanciamiento (exterior) frente a una aproximación (interior) objetivada en la individualidad. Es decir, el habitar moderno es la efectuación de una forma de vida muy variable encausada por una nueva forma de relacionamiento humano dado en un espacio de tiempo muy particular.

AGRADECIMENTOS

À Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior.

NOTAS

1. Investigación desarrollada en la Universidade de São Paulo, São Carlos. Instituto de Arquitetura e Urbanismo. Pós-Graduação, en el curso de doctorado, línea de investigación en Teoría e História de Arquitetura e Urbanismo.
2. El paréntesis no hace parte del texto original.
3. Para ampliar la teoría de Loos respecto a su particular concepción del habitar moderno, se recomienda revisar los textos, además de los ya citados, de Lustenberger (1998, p.9-40), Loss (1980), Loos (1993a), y Loos (1984).
4. Véase por ejemplo en la *Exposición de Artes Decorativas* (Exposition Internationale des Arts Décoratifs et Industriels Modernes) de París en 1925, el pabellón de Le Corbusier L'Esprit Nouveau. (El Nuevo Espíritu), La Exposición “Der Ring” en Alemania en 1927. La exposición “*Arquitectos Desconocidos*” y “*Nuevas Construcciones*” organizadas por el “*Arbeitsrat für Kunst*” (Consejo para el Arte) en abril de 1919; El Barrio experimental “*Siemensstadt*” entre 1929-1930: en Berlín, Alemania. Experiencias que en su mayoría suscitaban un marcado interés no solo por los problemas de la vivienda, sino también a la técnica y a las soluciones formales.
5. El paréntesis no pertenece a la cita original.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, P. *As origens da pós-modernidade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1999.
- AYMONINO, C. *La vivienda racional: ponencias de los congresos CIAM 1929-1930*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973.
- BENEVOLO, L. *Historia de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1974.
- BOURGEOIS, V. La organización de la vivienda mínima. In: AYMONINO, C. *La vivienda racional: ponencias de los congresos CIAM 1929-1930*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973. p.139-144.
- ENGELS F. *Contribución al problema de la vivienda*. In: MARX, K.; ENGELS F. *Obras escogidas*. Moscú: Progreso, 1973, t. 2, p.314-391.
- GIEDION, S. Los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna. In: AYMONINO, C. *La vivienda racional: ponencias de los congresos CIAM 1929-1930*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973. p.103-107.
- GONZALEZ, D. La casa no es una máquina para habitar. *Revista Científica Arquitectura y Urbanismo*, v.27, n.1, p.55-57, 2007.
- GRAVAGNUOLO, B. *Adolf Loos, teoría y obras*. Madrid: Nerea, 1988.
- GROPIUS, W. *Alcances de la arquitectura integral*. Buenos Aires: La isla, 1959.
- HARVEY, D. *La condición posmoderna: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1998.
- JAMESON, F. *Cultura e capital financeiro: virada cultural*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006.
- KLEIN, A. *Vivienda mínima 1906-1957*. Barcelona: Gustavo Gili, 1980.
- KOPP, A. *Citta e rivoluzione*. Milão: Feltrinelli, 1987.
- KOPP, A. *Quando o moderno não era um estilo e sim uma causa*. São Paulo: Edusp, 1990.
- LE CORBUSIER. Análisis de los elementos fundamentales en el problema de la vivienda mínima. In: AYMONINO, C. (Ed.). *La vivienda racional: ponencias de los congresos CIAM 1929-1930*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973a. p.126-138.
- LE CORBUSIER. La parcelación del suelo en las ciudades. In: AYMONINO, C. (Ed.). *La vivienda racional: ponencias de los congresos CIAM 1929-1930*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973b. p.233-244.
- LE CORBUSIER. *Precisiones respecto a un estado actual de la arquitectura y el urbanismo*. Barcelona: Editorial El Apóstrofe, 1999.
- LOOS, A. *A pesar de todo, 1900-1930*. Austria: Brenner, 1931.
- LOOS, A. *Escritos I (1897-1909)*. Madrid: El Croquis, 1993a.
- LOOS, A. Aprender a habitar. In: OPEL, A.; QUETGLAS, J. *Escritos II 1910—1931*. Madrid: El Croquis, 1993b.
- LOOS, A. *Ornamento y delito y otros escritos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1980.
- LOOS, A. *Dicho en el vacío 1897-1900*. Murcia: Arquitectura, 1984.
- LUSTENBERGER, K. *Adolf Loos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1998.
- PONT, C. *Habitar el siglo XX, estudio interdisciplinario del concepto de habitar en la teoría de la arquitectura moderna y contemporánea y en la filosofía de Martín Heidegger*. 1998. Tesis (Doctoral) — Facultad de Philosophiae, Pontificia Universitas Sancta e Crucis, Roma, 1998.
- QUILICI, V. *Ciudad rusa y ciudad soviética: caracteres de la estructura histórica: ideología y práctica de la transformación socialista*. Barcelona: Gustavo Gili, 1978.
- QUILICI, V. *L'architettura del costruttivismo*. Bari: Laterza, 1969.
- SECCHI, B. *A cidade do século vinte*. São Paulo: Perspectiva, 2009.

SIMMEL, G. Metrópolis y vida mental. *Revista Digital Bifurcaciones*, 1988. Disponible en: <http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurcaciones_004_reserva.pdf>. Acceso en: 15 enero 2013.

SIMMEL, G. A metrópole e a vida mental. In: ELHO, O.G. *O fenômeno urbano*. 3.ed. Rio de Janeiro: Zahar, 1976.

UZCÁTEGUI, A. *El imaginario de la casa. Formas y modos de habitar en cinco artistas*: Remedios Varo, Louise Bourgeois, Marjetica Potrc, Doris Salcedo y Sydia Reyes. 2010. Tesis (Doctoral) — Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad de Valencia, Valencia, 2010.

WAZBORT, L. *As aventuras de Georg Simmel*. São Paulo: Editora 34, 2002.

WOUDE, V.D.; GARCIA, R. La vivienda popular en el Movimiento Moderno. *Cuaderno de Notas*, n.7, p.3-54, 1999. Disponible en: <<http://polired.upm.es/index.php/cuadernodenotas/issue/view/136>>. Acceso en: 13 jul. 2013.

Recebido em
30/9/2013,
reapresentado em
31/1/2014 e aprovado
em 21/3/2014.

JUAN JOSÉ CUERVO CALLE Universidad Pontificia Bolivariana | Escuela de Arquitectura y Diseño
| Circular 1, 70-01, Bloque 10, Piso 4, oficina 403, Medellín, Colombia | *E-mail*: <juan.cuervo@upb.edu.co>.